

LAS NUEVAS POBLACIONES DE SIERRA MORENA Y ANDALUCÍA EN EL «VIAJE DE ESPAÑA» DEL ABATE DON ANTONIO PONZ (SIGLO XVIII)

Por *Rafael Rodríguez-Moñino Soriano*
Correspondiente de las Reales Academias
de la Historia y de Córdoba

Resumen

Se trata del viaje de don Antonio Ponz a Sierra Morena y a tres provincias andaluzas, Jaén, Córdoba y Sevilla, en las que visitó las Nuevas Poblaciones fundadas por el intendente don Pablo de Olavide, durante el reinado de don Carlos III. Era el siglo de la Ilustración y el abate Ponz pertenecía de corazón a este movimiento civilizador de la Europa moderna. Ponz fue secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y miembro de la Real de la Historia, fundadas ambas en el siglo XVIII.

Résumé

Il s'agit du voyage de p'abbé Antonio Ponz à Sierra Morena et à trois provinces d'Andalucie: Jaén, Córdoba y Sevilla. L'abbé a visité lors de le voyage quelques «Poblaciones» fondées par l'intendant Pablo de Olavide, pendant le regne du roi Carlos III d'Espagne. C'était le siècle des Lumières et l'abbé Ponz appartenait, de tout son coeur, à ce moment de la civilitation de l'Europe moderne. Ponz a écrit le «Viaje de España».

INTRODUCCIÓN

DOS destacados personajes de la España del siglo XVIII dejaron en algunas de sus obras manifestaciones palpables del hecho histórico de la fundación de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Dos hombres ilustrados pertenecientes, en mayor o menor intensidad, a la Iglesia oficial de la época de don Fernando VI, don Carlos III y don Carlos IV, si bien la intensidad de sus estudios y la profundidad de sus conocimientos y

sabidurías se centran, especialmente, en el reinado del segundo monarca citado. Nos referimos al padre Enrique Flórez, fraile agustino, y al denominado abate don Antonio Ponz. El primero de ellos, el padre Enrique Flórez, gira una de sus visitas andaluzas en 1768; es decir, un año después de que don Carlos III promulgara, en 25 de junio de 1767, la «Real Cédula... que contiene la Instrucción y Fuero de Población, que se debe observar en las que se formen de nuevo en la Sierra Morena con naturales y extranjeros católicos». El segundo, don Antonio Ponz, realiza las suyas a través de Andalucía en los años de 1790 y 1791, cuando ya las Nuevas Poblaciones habían germinado y daban muestras abundantes de frutos maduros y claramente perceptibles en un viajero tan avezado, tan riguroso en sus apreciaciones y con crítica acerba como lo era el valenciano (1).

No es de extrañar que las descripciones del padre Flórez fueran muy breves y apenas apercibiera su autor ciertas innovaciones en los paisajes que contemplaba en su caminar. Tampoco Flórez fue un viajero constante; ni siquiera suficiente, pues la mayor parte de su vida la pasó en el claustro y en su celda conventual [sobre todo en San Felipe el Real, de Madrid], dedicado a la labor rigurosa y erudita de la Historia. Nacido en Villadiego, por tierras burgalesas, lleva a cabo sus estudios, tras tomar el hábito agustino en el convento de Salamanca, en Ávila, Valladolid y Alcalá de Henares. José María Suárez, recogiendo la opinión de Sempere y Guarinos, manifiesta que el fraile de San Agustín llegó a consolidar un «juicio crítico sólido y efectuar... progresos en la Historia y en las Antigüedades». Fecundísima fue su obra, coronándola con la monumental «España Sagrada». La Real Academia de la Historia llegó a concederle una pensión para realizar esta magna obra histórica. Pensión que disfrutó hasta su muerte, y que luego, hasta 1845, disfrutarían también los agustinos padres Risco, Antolín Merino y el padre maestro fray José de la Ganal. Ya a mediados de la presente centuria, la Academia confió esta misión histórica al también agustino padre Ángel Custodio Vega (2). En realidad, lo contemplado por el padre Flórez en su viaje de 1768 es apenas perceptible en sus exposiciones, momento en que se iniciaba la cons-

(1) José María Suárez Gallego, aparte de los dos citados, nos da una relación de viajeros foráneos en «Las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena en los viajes de un fraile de la Ilustración: el Padre Enrique Flórez». En *Nuevas Poblaciones en la España Moderna*. UNED y Seminario de Estudios Carolinenses, 1991. Componen la relación: Sir Hew Whiteford, Juan Francisco Peyron, el barón de Baurgoing, Joseph Townsed y Lantier.

(2) *Anuarios de la Real Academia de la Historia*. Conocimos en la Real Universidad de María Cristina de El Escorial al padre Vega y nos admiró su amor por la Historia y su trato afable.

trucción de las casas en La Carolina, pero sí dice del entorno paisajístico que «hoy es un jardín ameno, lo que ayer era un albergue de ladrones». Ya observaremos parecidas consideraciones en las cartas de don Antonio Ponz.

Medio siglo después de fallecer en Madrid don Antonio Ponz, el *Diccionario* de Pascual Madoz, acertado en tantos puntos como errátil y erróneo en otros, presenta sobre las Nuevas Poblaciones una visión exclusivamente crítica y estadística. Ciertamente es que las Nuevas Poblaciones habían perdido ya, mediante disposición oficial, sus fueros y privilegios, en 5 de marzo de 1835, durante la Regencia de doña Cristina de Nápoles, siendo su último superintendente don Pedro Polo de Alcocer. Las descripciones del *Diccionario* se limitan, dentro de la frialdad geográfica, a mostrarnos climas [«de sierra», templados y «saludables»], vías, caminos «de pueblo a pueblo» o edificios [en La Carolina] que se mantenían «con todo rigor como al principio». Espíritu el de Madoz, y sus colaboradores, inmerso en el Liberalismo radical y a ultranza que plenamente se reflejará, el de Madoz, en las medidas desamortizadoras, civiles y eclesiásticas, de 1855, maltratando con las últimas el Concordato entre España y la Santa Sede, en 1851 (3).

Justo en medio de la escasa información, totalmente justificable, de Enrique Flórez y de la rigidez cerebral de Madoz están las consideraciones de Antonio Ponz en sus *Cartas de Viajes*. Veamos cómo fue la figura del autor de las mismas.

EL HOMBRE Y SU OBRA

Nace don Antonio Ponz, en 1725, en la villa valenciana de Bechí (Bexix), en aquella época dentro del partido judicial de Segorbe. Según su sobrino don José Ponz, a quien tanto acudiremos en este punto (4), era don Antonio de familia hacendada, siendo su padre don Alejandro Ponz y su madre doña Victoriana Piquer. Aplicaron ambos al muchacho «a la carrera de Letras, enviándole después» de conocer las primeras letras, «a estudiar la Gramática y las Humanidades con los jesuitas de Segorbe». Sobresalió, sobre todo, entonces, en las composiciones latinas, en la Retórica y en la Poesía. Así lo

(3) FARIÑA MARA, Javier; LAGUNA, José Antonio, y LUQUE MURIEL, Francisco de Borja: «Las Nuevas Poblaciones en el Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico, de Pascual Madoz». En *Carlos III y las Nuevas Poblaciones*. Córdoba, 1988. Universidad de Córdoba y Seminario de Estudios Carolinenses.

(4) «Vida de don Antonio Ponz» y «Prólogo» del tomo XVIII del *Viaje de España*. Madrid. Por la viuda de Joaquín Ibarra, 1794.

afirmaban sus compañeros, entre ellos los estudiosos don Francisco Monter, el padre fray Antonio Alcalde y don Francisco Espinosa. De Segorbe Ponz pasó a la Universidad de Valencia, y en ella escribió «algunas composiciones retóricas y filosóficas». Al abordar los estudios de Teología, «la acidez de esta ciencia» lo apartó de la misma, no pudiendo conseguir el grado de doctor en la Universidad Menor de Gandía. Apoyándose en la hacienda notable de sus parientes, marchó a la Villa y Corte, disfrutando allí de algunos «dependientes de la Casa Real... aficionados a su persona por sus bellas prendas». Cinco años permaneció en Madrid nuestro estudioso, ejerciéndose, sobre todo, en el arte de la Pintura, pero parte, al fin, a Roma, embelesándose «con los grandes objetos que por todas partes le rodeaban y se le ofrecían a la vista». Perdió, en este éxtasis, la relación con su patria, mas se relacionó en la capital de los Estados Pontificios con otros sobresalientes y dignísimos españoles, como ocurrió con el sabio excepcional, también valenciano, don Francisco Pérez Bayer. En Italia, también tuvo grata relación amistosa con don Juan Manuel Sánchez y Dujat des Allimes, creado en 1780 duque de Almodóvar del Río, y que más tarde fue director de la Real Academia de la Historia.

De regreso a España, y ya con alto prestigio intelectual, fue nombrado secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y luego consiliario; fue miembro, asimismo, de la Real Academia de la Historia y secretario de su Majestad. Tras la expulsión de la Compañía de Jesús de los reinos de España se le nombró para visitar las Casas de jesuitas en Andalucía, a fin de valorar «el mérito de las obras que en ellas había». Y es cierto que así lo hizo a lo largo de sus viajes por la región, como ocurrió en Baeza, de cuyo Colegio jesuita de San Ignacio de Loyola realizó una muy acertada descripción.

También a su vuelta a España y por comisión real, emprendió las visitas a la mayor parte de sus regiones, consecuencia de ello fueron los 18 tomos que redactó y escribió [comprendiendo en ellos sus recorridos europeos] y que en su conjunto tituló *Viaje de España*, «en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella». En el mes de marzo de 1791 emprendió don Antont un nuevo viaje a Andalucía, con vista a revisar los conocimientos ya adquiridos y descubrir las ciudades y pueblos que aún desconocía. Intentaba Ponz completar sobre esta región lo ya reseñado en el tomo XVII de su obra, si bien no llegaría a ver en vida lo nuevamente recogido en este viaje andaluz y que aparecería en el tomo XVIII, que es el que nos sirve de base para pergeñar trazos sobre su vida. Pues bien, en

junio del mencionado año de 1791 ya había regresado Ponz a Madrid. «Se vio [entonces] asaltado de una interior y terrible melancolía, que sin conocida causa le iba insensiblemente devorando». Creyó que el antídoto para este mal no podría ser otro que reanudar sus viajes, aun cuando éstos no fueran de larga distancia, yendo, pues, a Toledo «y sus contornos»; allí distrajo sus melancolías y volvió muy mejorado a Madrid, emprendiendo otra nueva jornada a El Escorial, para permanecer con la comunidad jerónima del monasterio, «Casa adonde nuestro Ponz había hallado en otro tiempo sus delicias y adonde había gozado una vida tan tranquila [...]. De ella había de salir ahora herido de muerte». Ya en Madrid, sufre un cólico nefrítico, con «las congojas, el desasosiego y los acerbos dolores en estos males». Recibió los sacramentos y, al fin, entregó su alma a Dios el 4 de diciembre de 1792, a los 67 años de su edad, siendo depositado en la iglesia parroquial de San Luis Obispo, de Madrid. Este templo, situado entonces en el primer tramo de la Gran Vía, fue objeto de saqueo e incendio en los tristes sucesos de mayo de 1931; su portada principal fue trasladada a la antigua iglesia del Carmen Calzado, entre la calle y plaza del mismo nombre cercana a la actual Red de San Luis. Cierra hoy la portada de los pies de la única nave de dicha iglesia. Con toda seguridad, en tan luctuoso hecho, se perdieron los restos mortales del ilustrado Ponz, que hubieran merecido mejor trato humano (5). Como digno trato y homenaje sentido le dieron sus amigos, en sus exequias. Y manifiesta su sobrino que «la Academia de las Nobles Artes [Bellas Artes de San Fernando], no se contuvo en el silencio, y en la primera junta que se siguió a su muerte [20 de agosto de aquel año] dio una alta idea de sus conocimientos e inteligencia en el elogio con que honró su memoria». También su sobrino don José nos suministra un «breve diseño» de su persona, física e intelectual. He aquí algunos de sus rasgos:

—De estatura regular, de aspecto serio y de constitución física vigorosa. Sin llegar al desaliño cuidaba poco su exterior. Anunciaba su aspecto serio «un interior melancólico»; mas era festivo, agradable, vivo y ocurrente. También austero en sus costumbres. Todo lo anterior se refleja en la pintura que de su cabeza y busto realizó don Antonio Carnicero y esculpió y grabó don Manuel Salvador Carmona.

(5) Numerosas pinturas, imágenes y retablos se consumieron con el fuego de 1931, entre aquéllas el devotísimo Cristo de los Cruzados de la Fe. El Yacente de Juan Sánchez Barba del XVII, casi destrozado, fue trasladado a la iglesia del Carmen, y hoy, a los pies de la nave, y tras su restauración, recibe culto permanente.

—Se formó «sobre el sólido cimiento de la Religión» y «durante sus estudios en Valencia era grande su recogimiento y la frecuencia de los Santos Sacramentos, que repetía cada ocho días». Mas a pesar de que don José Ponz afirma que debido a los empeños que había contraído con el Público «no le permitió el cumplimiento de los “Santos Misterios”, y sólo deseó contentarse con la Tonsura», quedándose a las puertas del templo y no acercándose de lleno al altar, creemos nosotros que el espíritu ilustrado de don Antonio, su extenso conocimiento de la Cultura Clásica, su racionalismo firme y el trato con los hombres afamados de su época le impidieron tal acercamiento directo «al Altar». Era viajero incansable, no sólo dentro de los contornos de su país, sino también en aquellos que estaban plenamente inmersos en el Enciclopedismo y la Ilustración: Italia, Francia, Inglaterra. Ello no quiere decir que como hombre generoso y de caridades no acudiera en socorro de parientes y amigos.

—Su sobrino don José Ponz alaba su afición de él a las Bellas Artes, bien reflejada en los tomos de *Viajes*; obra tan dilatada hace exclamar a don Juan Sampere que se trata de «una de las mejores obras del reinado de Carlos III», siendo traducidos algunos de aquellos tomos al francés y al italiano (6). Aparte del *Viaje de España*, Ponz redactó, siempre según el citado don José, las Memorias para la Historia de la Real Academia de San Fernando, las Noticias de la distribución de los premios trienales y la de los óbitos de alr nos académicos de aquella Institución.

—Era agradecido y generoso, y en diversas *Cartas de su Viaje* hace la alabanza de tal o cual individuo. No hay sino que recordar, dentro del tema de este estudio, las mostradas al cura párroco del pueblecito de Torrequebradilla, en el camino de Baeza a Jaén [don Andrés Lozano], a quien califica de personaje digno y respetable, de «instructiva conversación» y con quien compartió mesa y mantel [«bien sazónada comida»], durante las 3 ó 4 horas de permanencia en aquel lugar (7).

—También se dedicó Ponz al bello ejercicio de la Pintura y, según don José, realizó algunos retratos, y «varias imágenes y juguetes». De la época de relatar aquél su vida se conservaba un retrato del citado Pérez Bayer, en posesión entonces de don Nicolás Rodríguez Laso, inquisidor de Barcelona.

(6) SAMPERE, Juan: *Ensayo de una Biblioteca Española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. Cita recogida de la Vida de Antonio Ponz.

(7) PONZ, Antonio: *Viaje de España*. Tomo XVI. Carta IV.

—Cierto es que dos fueron las intenciones de Ponz cuando se encargó de realizar sus *Viajes por España*. La primera era conocer en qué estado «se hallaban las Bellas Artes en España... [y] descubrir aquellas obras maestras, que en sus varias provincias podían proponerse, como modelos a los jóvenes dedicados a su estudio». La segunda, examinar, contemplar y estudiar la situación económica del país, como hombre cuajado en los principios del Siglo de las Luces; curiosísimas son entonces sus consideraciones sobre arbolados, prados artificiales, cría de ganados y gusanos de seda, industrias de paños, vidrios, cerámica, minas, etc. Se detuvo, con minuciosidad y parsimonia, en zonas cercanas a las Nuevas Poblaciones para describir y puntualizar la extracción, traslado y tratamiento de los minerales de Sierra Morena, en el entorno próximo a Linares y la incipiente Real Carolina. Pero junto al Arte y la Economía, estaba también la inclinación humana al contemplar la situación de los hombres y mujeres de aquellas zonas que visitaba: «el triste espectáculo de estos miserable... repelidos en los zaguanes de sus señores por la indiscreta y ociosa turba de los criados más bajos». Deseaba Ponz excitar la compasión de los poderosos y la caridad de tantos eclesiásticos para mejorar la cultura y las cosechas de aquellos miserables. Para ello es imprescindible, asimismo, aprovechar las abundantes y ocultas aguas de España y el «decauje» de tantos baldíos incultos, empleándose «brazos ociosos»; «tantas mujeres [que] ignoran las labores propias de su sexo, tantas niñas perdidas en sus más tiernos años». El Comercio, la Industria, la Labranza llenan las páginas de nuestro Ponz. Y también las posadas, y los albergues y los hospicios. Todo tiene cabida en la inmensa arca del viajero, nada sobra y todo se ve también sometido a su ojo crítico y penetrante.

—Desolado se queja una y otra vez «de la lastimosa situación a que han llegado las Tres Bellas Artes en la última centuria». Y así, la Arquitectura ha sido tratada en aquella por manos profanas e ignorantes, y el interior de los templos sólo ofrecían «montes de leña cargados de ridículos adornos, capaces de distraer la piadosa atención con que los fieles concurren a ofrecer sus holocaustos». Monstruos sólo comparables a las cabezas de la Hydra; impresionantes fachadas, combinación de líneas rectas y curvas, nichos que ocultan la belleza de las estatuas. No de menor vuelo son para Ponz los errores en la Pintura y en la Escultura, pero llegan a ocultarse a los ojos de los no iniciados y solamente son perceptibles para aquellos que poseen conocimientos profundos al respecto. Para remediar tanto error y tan parca sensibilidad artística fueron dictadas dos Reales Órdenes de 25 de noviembre de 1777 que, al menos para don José Ponz, han llegado «hasta los más retirados pueblos que las han obedecido», «y van obedeciendo con gusto».

Sobre esta aversión de don Antonio Ponz hacia las artes barrocas hemos escrito lo siguiente con relación a las ciudades de Úbeda y Baeza, tan próximas a las Nuevas Poblaciones y tan influyentes en ellas, sobre todo la última, en el desarrollo primario de las mismas (8).

–Úbeda: Ponz confunde, como otros anteriores estudiosos a él, a Andrés de Vandelvira con un tal Pedro del mismo apellido. A pesar de alabar con generosidad el conjunto de edificios tan importantes y significativos con la Sacra Capilla del Salvador y el hospital de Santiago, manifiesta, en relación con la primera que «el primer disparate [cometido] ha sido dorar el medallón de escultura de la Transfiguración», añadiendo que es imposible ya encontrar los contornos originales del «hábil escultor»; se indigna que Úbeda cometa la «expresada monstruosidad», aconsejando «quitar el oro, y los aparejos... como también las demás fealdades» y pegotes. Le hiere también el enlosado nuevo de la capilla mayor. Disparata Ponz de tal forma que compara al citado –e inexistente– Pedro de Vandelvira con Miguel Ángel Buonaroti.

–Igual tono emplea al hablar sobre Baeza, y especialmente de su catedral; ve disparatados los retablos que en ella existían y en concreto el mayor, achacando su pretendida fealdad a «las Harpías». Por supuesto que este retablo que aún se conserva es barroco, del XVII, arte que aborrece Ponz, que nunca desaprovecha ocasión para atizar de firme, y en numerosas ocasiones de manera indebida, a todo lo que se refiera a esta rama artística. Este erróneo deslizamiento favorable hacia lo clásico puro desvirtúa el espíritu crítico de Ponz, que debió apartar tales inclinaciones excesivas en beneficio del Arte puro. Similar actitud adoptó en el XIX Francisco Pi y Margall, mas tendente en esta ocasión hacia el Arte Medieval, en intento olvidadizo hacia otras grandes épocas artísticas.

EL «DESIERTO DE LAS NUEVAS POBLACIONES DE SIERRA MORENA» EN LOS VIAJES DE PONZ

Lo antes señalado respecto a las actitudes de don Antonio Ponz en cuanto al Arte tiene escasa aplicación en sus Cartas sobre las Nuevas Poblaciones, tanto en Sierra Morena y sus aledaños como en las provincias de Córdoba y

(8) RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, Rafael: «La visión renacentista de Úbeda y Baeza en tres estudiosos de los siglos XVII, XVIII y XIX [Martín de Ximena Jurado, Antonio Ponz y Francisco Pi y Margall]». Ponencia presentada en las jornadas de Humanismo y Renacimiento, organizadas en 1994, por la UNED, en Úbeda, y publicada en 1996.

Sevilla. Hay, sin embargo, que adelantar que las descripciones urbanas de Ponz sobre aquéllas son limitadas, y muy similares unas a otras, centrándolas, sobre todo en las poblaciones de Santa Elena, La Carolina, La Carlota y La Luisiana, sin olvidar, a pesar de que no esté incluida en la empresa dirigida por Olavide, el pueblo de Almuradiel, lejos del Reino de Andalucía. Desde esta villa se inicia el viaje andaluz de don Antonio (9). De él dice que «desde Santa Cruz de Mudela hasta el nuevo y gracioso pueblecito de la Concepción de Almuradiel hay dos leguas de buen camino por entre campiñas peladas, aunque cultivadas de granos, viñas, etc.». Similar panorama encontramos hoy día, sin que los cultivos hayan cambiado, si bien en ciertas zonas de este recorrido la labranza ha experimentado la aportación de técnicas racionales que han variado la producción en calidad y cantidad (10). Paisaje, pues, ameno, que tanto agradaba a nuestro viajero y que de él se aprovechaba para distraer la tremenda monotonía de las mesetas castellanas. Añade Ponz que «Almuradiel debe su existencia al celo del excelentísimo señor conde de Floridablanca». Y consiste en una espaciosa calle principal, y en alguna otra, con su iglesia, casa de postas, etc.

La descripción que hace Ponz de Sierra Morena, a través de Despeñaperros, es acertada como paso imprescindible hacia Andalucía. Y dice así el viajero: «Desde La Concepción de Almuradiel ya se empieza a atravesar la Sierra Morena, el camino es magnífico cuanto puede serlo, casi todo él cuesta abajo, siguiendo la dirección de una arroyada que acompaña a mano izquierda [quizás sea el arroyo Valdeazores]. Las rocas de que se componen estos montes son en gran parte pizarras de diferentes calidades. Las vistas que se van presentando al uno, y al otro lado del camino, con las quebradas y arboledas entre aquellos peñascales y arroyos, hace una agradable compañía». Y añade: «este tránsito en otro tiempo hórrido, peligroso, y lleno de precipicios hasta Bailén, se ha transformado. en un trecho divertido, ameno y muy suave; y lo que era un fastidioso «desierto, que yo tuve que transitar antes que se pusiese mano a estos magníficos caminos se ve hoy poblado de trecho en trecho de casas habitadas de colonos, con motivo de las Nuevas Poblaciones». Son muy claras estas descripciones, pues aquel «nuevo camino» es el construido en el XVIII, pero siguiendo la senda del Puerto del Muradal, única vía de tránsito a través de Sierra Morena, entre la submeseta

(9) PONZ, Antonio: *Viaje de España*. Tomo XVI. Carta Segunda. Viuda de Joaquín Ibarra. Madrid, 1791.

(10) Nos referimos a la finca «Peñalajo», en el lado izquierdo de la actual autovía en su dirección desde Madrid a Andalucía.

y la depresión del Guadalquivir, cruzando arroyos y con la visión y presencia de los Órganos y el Salto del Fraile. Bajada difícil e intrincada desde Castilla, con subida menos violenta hacia la actual población de Santa Elena, con recuerdos medievales de la Cruzada organizada por don Alfonso VIII y el arzobispo de Toledo Ximénez de Rada, acompañados por don Pedro II de Aragón, don Alfonso IX de León y don Sancho VII de Navarra. Encuentro bélico contra almohades en Las Navas de Tolosa. Sin duda alguna ese «camino nuevo» es el que, con algunas modificaciones y enmiendas, se ha mantenido hasta nuestro días. «Magníficos caminos» en un paraje donde la sierra forma «la más estrecha angostura de toda la travesía, en donde se superaron no pocas dificultades para abrir el suntuoso camino nuevo». Exalta después Ponz la figura particular del ingeniero don Carlos Lemur, manifestando que «la comisión de esta abertura la tuvo don Carlos Lemur, que la desempeñó grandemente, y merece las alabanzas de cuantos pasan por ella». Fue ésta la primera vez que racionalmente se puso en comunicación el centro con el sur de España, en trazado difícil para salvar los accidentes que están marcados por un poderoso pliegue geológico.

Precisamente y en una de las quebradas profundas de tal pliegue está la Venta de Cárdenas [No se detiene Ponz en citar, al menos fuera suscitadamente, Aldeaquemada, a unas 4 leguas del Camino Real], «bajando siempre, pero por camino cómodo y suave»; y describe la casa ventera, con 3 naves: una para los pasajeros, otra para las caballerizas, y la tercera para carruajes, arrieros, etc. No era la fábrica del agrado de nuestro don Antonio, pues aún no había sufrido alteración alguna en el momento en que la visitó. Mas sí alude a una «nueva capilla [hoy existe una de nuevo trazo en medio del laberinto de establecimientos viajeros] donde se celebra misa los días de fiesta, y concurren a ella los colonos de aquellos contornos». Evidentemente, se está refiriendo a los que habitaban en Aldeaquemada, población no en exceso alejada de la venta.

Continuando su caminar hacia La Carolina descubre Ponz una serie de caserías de colonos; población que se dedicaba a cultivar 28 ó 30 fanegas de tierra cada familia, llegando algunas a poseer hasta 50. Deleite produce en el viajero este espectáculo en lugares que no eran antes sino «abrigo de lobos y de ladrones». Más cerca de la Venta de Cárdenas, como hito histórico, señala una «copiosa fuente de muy buena agua», y no muy alejada de ella un pilar de piedra, a manera de mojón divisorio entre el arzobispado de Toledo y el obispado de Jaén; la Santa Faz [se refiere al Santo Rostro de Cristo] y la Virgen del Sagrario, símbolos religiosos de una y otra ciudad. Ya en el repe-

cho que corona el Paso de Despeñaperros, y hacia el Valle del Guadalquivir, Ponz encuentra la Nueva Población de Santa Elena, y agradece que en sus puertas se obligue a pagar portazgo, «para entretenimiento del camino en el óptimo estado que se experimenta». Se complace entonces el viajero en descubrirnos la visita que giró a la ermita de Santa Elena el arzobispo de Toledo [y luego cardenal de la Santa Iglesia] don Francisco Lorenzana, en 1786; contempló el prelado un «cuadro muy maltratado, representando la victoria de las Navas de Tolosa», en el que, aparte la presencia de don Alfonso VIII y del arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada, se presentaba el campo de batalla, con los reyes ya citados de León, Aragón y Navarra y los caballeros de las Órdenes Militares: «Documento histórico de la mayor estimación», situado en lugar, entonces, de nueva creación: Santa Elena, «pueblecito... agradable por su situación, reciente caserío, espaciosa calle, Casa de Postas, Iglesia». Y «todavía se van construyendo otros edificios». Al salir de Santa Elena sorprende a Ponz «la aplicación de los colonos establecidos en el territorio... pues sin perder gota de agua de un manantial inmediato a dicho pueblo [que es su capital], logran porción de huertas a los lados de una arroyada, por donde antes iba a perderse dicho manantial». El viajero, sin embargo, nada dice de las pequeñas Nuevas Poblaciones, próximas a esta zona, como son Fernandina e Isabela, si bien al hablar comenta que confina por un lado con las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, cuyos colonos acuden diariamente a esta villa para comprar, y vender lo que necesitan». Quizás se refiere no sólo a aquéllas, sino también a Carboneros y Aldea de los Ríos; del primero, y tras zonas de viñas y olivares, afirma que existe «el nuevo pueblecito de Carboneros, cabeza de varias casas de colonos». Cita, asimismo, don Antonio, varios arroyos y riatos en el perímetro de todo este sector, como el Guadiel y el de las Adelfas o Baladres, vocablo éste no empleado por los naturales de Andalucía, pues pertenece al idioma valenciano, lengua de origen de nuestro viajero, y el baladre en valenciano es la adelfa en castellano.

Con minucia y detenimiento llega a describir Ponz la capital de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena: La Carolina. Mas veamos cómo aparece a sus ojos: «La Real Carolina es la metrópoli de todas las Nuevas Poblaciones: sus calles son rectas, y también lo son sus ángulos. El principal ingreso lo flanquean dos torrecillas, que aunque de mala arquitectura, dan cierto aire de novedad, que no desagrada a todos». Si esto último significa ya un dardo certero a la ciudad, el más punzante y equivocado lo lanza Ponz cuando se refiere al templo parroquial de aquélla. He aquí sus palabras: «la iglesia no puede negarse que es ridícula a todo serlo, con ciertas revueltas, y capillas que antes dan idea de cavernas que de una cosa singular. El que

inventó los planes [sic], poco o nada sabía de arquitectura: por el mismo camino van los retablos». Seguramente las torrecillas a que se refiere son las torres de la Aduana, en la recta, con plaza, del camino desde Madrid; eran aquéllas la puerta de la ciudad, y nada encontramos en ellas que pueda calificarlas como «mala arquitectura» sino todo lo contrario, pues en la actualidad se muestran airosas, y con cierto empaque. En cuanto a la iglesia, que en sus orígenes perteneció al convento carmelita de la Peñuela del siglo XVI, sufrió, cierto es, en su interior, serias reformas en el siglo XVIII, pero su conjunto, como dice Sena Medina y «a pesar de la disparidad de construcción es armónico» (11). Lo que realmente rechazaba Ponz no era la iglesia en sí, sino los elementos barrocos que aportó la última centuria citada, así como los retablos del mismo estilo. Ya han sido expuestas antes las calificaciones que aplicó al retablo mayor de la Sacra Capilla del Salvador de Úbeda y a los retablos de la catedral de Baeza. Estas opiniones singulares y muy parciales alejan a Ponz de la línea recta que, en cuanto al Arte, siguieron tratadistas contemporáneos suyos. Las líneas barrocas, para nuestro autor, borraban todo aquello que estuviera distante de lo clásico. Inflexibilidad empachosa y cansina.

Más complaciente se muestra el viajero cuando expone sus impresiones sobre edificios, vías y avenidas de la ciudad. Así, dice que en La Carolina sólo hay «un cuarto principal» sobre la habitación baja en las casas. Y que la del Gobernador [Superintendente] «es muy otra cosa, atendiendo a su capacidad y conveniencias», sorprendiéndose gratamente del «jardín de frutas, flores y verduras, que tiene a las espaldas». Hace hincapié también en «una hermosísima calle de árboles, que casi tendrá un cuarto de legua, aumentando el recreo de este paseo las huertas que tiene por ambos lados». Se trata evidentemente de uno de los ejes que cruzaban la «malla octogonal», y aún permanecen.

Al hacer Ponz referencia al antiguo convento carmelitano alude a los «ermitaños de Sierra Morena», que así es como «llamaban [entonces] a los ladrones que en ella tenían sus guaridas, agotando las bolsas, y a veces la vida de los pasajeros». Fue la política de don Carlos III la primera en intentar la desaparición de tales fechorías. Resultó ella de la Pragmática de 10 de junio de 1761, por la que se decretaba construir una carretera general hacia Andalucía, repoblando las zonas más peligrosas e inhóspitas: el desierto de Sierra Morena, el llamado de «La Parrilla», entre Córdoba y Écija, y un

(11) SENA MEDINA, Guillermo: *La Carolina*. Ayuntamiento de La Carolina, 1983.

tercero, el de «La Moncloa», entre Écija y Carmona. Entre los numerosos bandoleros que aún poblaban Sierra Morena en los años de los reinados de don Carlos III y don Carlos IV hay que destacar a «El Rubio de Espera» y a un tal Bartolo Gutiérrez de la Rambla. Sorprendente fue, sobre todo, este último, que tuvo en jaque a las tropas reales durante 24 años, hasta que en accidente fortuito cayó muerto en 1804. Insistiremos en este asunto al tratar las Nuevas Poblaciones en los dos últimos «desiertos» citados (12).

EL «DESIERTO DE LA PARRILLA»

La descripción de las poblaciones incluidas en este desierto de «La Parrilla» entre Córdoba y Écija está incluida en la Carta Cuarta del tomo XVII del *Viaje de España*. Tiene la zona, por su menor extensión geográfica y estructura poco accidentada, más endeble atención por parte de nuestro viajero (13). Las exposiciones de don Antonio se hayan más desperdigadas, y aquí y allá, en la citada carta, aparecen las referencias a colonos y poblados, e incluso también a los ya mencionados bandoleros y salteadores de caminos. En cuanto a éstos, en su caminar desde Córdoba a La Carlota y Écija, nos dice que «todo este camino, que es de diez leguas, lo conocí yo hecho un despoblado peligroso e incómodo [...] donde antes poco o nada había, sino soledad y tristes matorrales». Y más adelante, añade, que éstos y los parajes de Sierra Morena eran «insuperables y peligrosos pasos... de soledades, solamente buenos para gente perdida, que fácilmente asaltaba al pasajero, despojándole de sus bienes, y no pocas veces la vida». No se equivocaba Ponz al hacer estas consideraciones, pero la alegría que mostraba en el momento de realizar su viaje por estas zonas se hubiera visto enturbiada al contemplar la situación de aquéllas en el primer tercio del siglo XIX, sólo unos años después de ser vistas por él. No hay que olvidar que la acción activa bandolera de los llamados Siete Niños de Écija se inicia hacia 1808, «al surgir los primeros chispazos de repulsa contra la invasión francesa», y que estallarían más tarde entre los años 1812 a 1818, en plena época absolutista de don Fernando VII (14). En cuanto a los «Siete Niños de Écija», no «siempre [fueron] siete ni todos de Écija»; originarios de las Nuevas Poblaciones hemos registrado por publicaciones al respecto los siguientes: José de los Re-

(12) HERNÁNDEZ GIRBAL, F.: «Los Siete Niños de Écija». *Historia y Vida*, número 103. Año IX.

(13) PONZ, Antonio: *Viaje de España*. Tomo XVII. Viuda de Joaquín Ibarra. Madrid, 1792.

(14) HERNÁNDEZ GIRBAL, F.: *Op. cit.*

yes, de Fuente Palmera; Juan Antonio Martínez, de La Luisiana; Antonio Cariñena, de La Carlota; y Lucas Ramos, de Santa Elena, entre otros. Junto a ellos José Ulloa, torero, conocido como «Tragabuches», Diego Padilla, con el apodo de «Juan Palomo». Y cierto es que sus actividades bandoleras tenían un campo amplio de acción: la carretera General de Andalucía entre Córdoba y Sevilla, con refugio y guarida en Sierra Morena. Así pues, no todo el territorio de las Nuevas Poblaciones fue ni constituyó desde las fundaciones de éstas paraíso ameno, calmo y lleno de deleites.

En cuanto al desierto de «La Parrilla», Ponz, en su trayecto desde Córdoba a Écija, manifiesta que aquel camino da «gusto andar, acompañado por ambos lados de casas de colonos, y atravesando dos pueblos nuevos de los mismos: el uno es Mangonegro a tres leguas de Córdoba, el otro La Carlota, a otras tres leguas [...]. El río Badajocillo o Salado se atraviesa por muy buen puente nuevo a cosa de legua y media de Córdoba, con excelentes trozos de camino concluidos antes y después de él, y lo mismo hasta Écija con porción de puentes nuevos fabricados últimamente». E inmediatamente se deleita en el paisaje que se acomoda a un lado y a otro de ese nuevo trazado de la carretera de Andalucía, señalando que en el monte [monte bajo, geográficamente hablando] aparecen olivares, viñas y sembrados, «que con las caserías de los colonos en las orillas del camino forman una alternativa agradable a los ojos del caminante, que ahora tiene varios recursos en caso de necesidad, donde antes poco o nada había, sino soledad y tristes matorrales». Aparte de La Carlota, señala nuestro viajero, dentro de «La Parrilla» y más adelante en la Moncloa, poblaciones o aldeas determinadas, que aún estaban en vías de desarrollo constructivo, como la citada Fuente Palmera, San Sebastián de los Ballesteros, Arrecife, Fuente Carreteros, La Herrería, Ochavillo del Río, La Peñalosa, Los Silillos (o Cilillos), La Ventilla, Villalón, El Villar, Aldea Quintana, Cañada Real y Cañada de Rabadán, si bien esta última no aparecía aún en el *Diccionario* de Pascual Madoz, en 1849. A Fuente Palmera la dota de 350 colonos, «y su término llega al Guadalquivir». Aparte las aldeas citadas dice que además hay «sesenta y siete casas con sus respectivas suertes», y sin salir de La Carlota se extienden asimismo otras casas de colonos, «por el arroyo que llaman del Garabato». Se detiene en hacer una breve descripción de La Carlota. Y así, para él se trata de «un buen pueblo, con su razonable fonda, que tratan de mejorarla y ampliarla. Se reduce a una calle principal, y otra menos espaciosa, adonde corresponde la iglesia, que es de tres naves con su vestíbulo, la cual, sin embargo de tener defectos garrafales en materia de adornos, así por dentro, como por fuera, hace su papel desde alguna distancia por dos torrecillas que se elevan del

edificio». La obsesión de Ponz, como buen viajero, por las fondas y ventas es siempre inalterable y constante. ¡Cuántas veces en sus *Cartas* y en los Tomos de su *Viaje*, hallamos lamentos y quejas por el estado precario de posadas, ventas y fondas! ¡Cuánta alabanza, asimismo, cuando encuentra al final de las jornadas establecimientos limpios, cómodos y con buen yantar! También siempre, como en esta ocasión de La Carlota, zahiere y ataca sin pena alguna las muestras artísticas del Barroco, incluso aquellas que encuentra en su caminar por las Nuevas Poblaciones. En este caso la parroquia de La Carlota, aun cuando se muestra respetuoso con el aspecto arquitectónico de la fábrica, tanto en el exterior como en el interior. Los retablos habrían de ser, en esa época, de un barroco clasicista. El retablo mayor de este templo sigue siendo del XVIII, «cedido por la catedral de Córdoba» y proviene de la capilla de la Virgen de las Nieves; en su hornacina central está situada la Inmaculada Concepción, titular de la parroquia y patrona de las Nuevas Poblaciones. Según María del Olvido Hidalgo es «el cuarto retablo que conoce» esta iglesia, sin que en ninguno de ellos haya faltado nunca la imagen de la Inmaculada (15).

Ponz, sin embargo, subraya los desperfectos de las casas de los colonos en La Carlota, extendiéndolos al del resto de las Nuevas Poblaciones, a la misma organización de los edificios en las mismas, pues «no se pensó tanto en la perfección y solidez de los edificios, cuanto en disponer de pronto casas e iglesias para los nuevos colonos». Y añade que «es de suma importancia reparar con más solidez algunas que se han arruinado en la misma Carlota, y otras de los colonos esparcidos en las dilatadas llanuras que se extienden por ambos lados, caminando hacia la ciudad de Écija». El número de colonos que fija Ponz en la zona es de 600, «siendo unos sesenta» los habitantes de La Carlota.

EL «DESIERTO DE LA MONCLOA»

Último foco éste en la dilatada y amplísima zona de las Nuevas Poblaciones andaluzas. El título de Moncloa se refiere al edificio o cortijo que

(15) RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, Rafael: «La Presencia de la Mujer en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía». Discurso de recepción en el Centro de Estudios Históricos sobre las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía «Miguel Avilés», 1995. Publicado en el *Boletín* número 160, del Instituto de Estudios Giennenses, 1996.

—HIDALGO AMAT, María del Olvido: *La Carlota. Tradiciones y Costumbres*. Delegación de Cultura de la Diputación Provincial de Córdoba, 1994.

—GARCÍA REYES, Manuel: *Artículo en «La Colonia» de «Fuente Palmera»*. Ayuntamiento de Fuente Palmera, 1994.

llaman la Moncloa [o Monclova, aún existente) y «Torre de Híjar», situado en el tramo desde La Luisiana a Carmona: «seis leguas, sin encontrar pueblo ninguno fuera de las casas de los colonos». Mas siempre se detiene el viajero para enaltecer el trazado del Camino Real y la personalidad radiante de don Carlos III. En cuanto al Camino manifiesta que se realizó «bajó la dirección, constancia y celo del excelentísimo señor conde de Floridablanca... sin que tenga que ceder [el Camino] en comodidad... a los más suntuosos caminos de Europa». Esta admiración hacia el conde, que muestra al final del trayecto en las Nuevas Poblaciones, es reflejo de la también manifestada casi al principio del mismo, a la salida del viajero de Ciudad Real, en dirección hacia Almuradiel, cuando alude, con admiración, al «octavo abuelo» del conde, don Antonio Pérez Moñino y Treviño, a quien hace natural de aquella ciudad y ayudó, «con sus armas y caballos» a los Reyes Católicos en la conquista de la ciudad de Orán. Sobre don Carlos III dice que merece su memoria «sea perpetuada con monumentos nunca vistos, añadiendo a su nombre... los epítetos de benéfico, de grande, de restaurador». Sin embargo, don Antonio Ponz ya conoció en esa misma ruta andaluza un monumento al monarca benefactor, situado, según él, en el amplio paseo de Écija, en las orillas del Genil. Junto al de don Carlos, aparecen otras 3 estatuas relativas a don Carlos IV, doña María Luisa de Parma y el infante don Luis, si bien el viajero no guste de aquéllas y menos de las vestimentas que portan. Tampoco se hubiera sentido satisfecho hoy con el grupo escultórico que existe en La Carlota a don Carlos III y a don Pablo de Olavide. Quizás, también en este caso, hubiera preferido a «escultor de mayor mérito».

Y, en fin, sobre La Luisiana, se limita a decir que «el sitio donde está fundada [la Colonia] es excelente, pero causa sentimiento ver una u otra de las casas nuevas arruinadas, así en el pueblo, como en las que continúan hasta cosa de media legua más allá, que es donde acaba las famosas poblaciones de Sierra Morena, y demás territorios de Andalucía en la ruta de Cádiz».